

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos. — 15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas fran-
ca de póste y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTÍN a
10 céntimos, cargándoles únicamente
el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

¿Por qué causa, después de haber
anunciado que la colección se daría a
dos pesetas, se vuelve a cobrar por ella
el precio primitivo?

— Por esta sencillísima; creí que al
precio aquél se venderían muchas colec-
ciones, siendo, por lo tanto, mayor la
propaganda, y no ha ocurrido así.

Vuelvan, pues, las cosas al ser y es-
tado que tenían, y los bibliófilos, únicos
que compran libros en España, que los
adquieran a su justo precio.

LO DE LOS SELLOS

Sabadell. — Fabian Palasi, ofrece para lo
de los sellos 5 pesetas.

Oliva de Feres. — Juan Estevez, id. 5.

Palencia. — Ramiro Alvarez, id. 5.

Lugo. — Victorino Castro, id. 5.

León. — Enrique Zotes, entregó 5 pesetas.

Eleuterio González del Palacio, id. 5.

EN SERIO Y EN BROMA

EPISODIOS ANTICLERICALES

No, no puede negarse que la cosa ha
tenido gracia.

Allá por el año 73, con menos edad
que ahora, ¡ay, bastante menos!, pensa-
ba yo exactamente lo mismo que hoy
respecto a que debía combatirse en to-
dos los terrones a los curas, por ser ori-
gen y base, autores y mantenedores de
la guerra civil, amén de enemigos de-
clarados del progreso.

Y por esto, y por comer de paso a fin
de tener fuerzas y vigor para moralizar-
los, pues ya sentía barruntos de que eso
que llaman los creyentes Divina Provi-
dencia me reservaba para esta misión ci-
vilizadora, dime a escribir episodios de
la campaña, en forma representable, en
verso todos, y en los que figuraba siem-
pre como protagonista un ministro del
Señor de la especie carca y bandolera.

Enjaretaos en pocas horas y sin aso-
mos de conciencia literaria, guardá-
bame bien de cubrir los episodios con
mi desconocido nombre, y eso que los
aplausos del público eran para animar,
no digo yo a un principiante, a genios
avezados a recibirlos a espaldas.

Cae la República, y yo, que en nada
había contribuido a su derrumbamien-
to, pues, como relato, dediquéme du-
rante su breve y accidentada vida a
combatir desde el teatro a sus enemi-
gos, creíame el más obligado a trabajar
por su restauración, y engolféme en po-
lítica, sin abandonar, por supuesto, a
mis amados presbíteros, si bien trasla-
dé su moralización desde el teatro al
periódico, olvidándome por completo de
los esperpentos supradichos.

Pero estrena ahora el P. Sarmiento
su drama *La Marquesa* en el teatro
Principal de Valencia, prohíbe las re-
presentaciones al gobernador civil, y
súbito brota en mi cerebro la idea de
reanudar mis campañas teatrales contra
los verdaderos causantes de todas las
desdichas de España; mas al caer en la
cuenta de que me falta tiempo para ello,
exclamé en un arranque de conmovido-
ra tristeza: «¡Oh, quién hubiera guarda-
do aquellas obras maestras de anticleri-
cal propaganda!»

Un rayo de la clara luz de la esperan-
za viene a iluminarme apenas digo esto,
y vuelvo libros y papeles, suplico a mi
memoria que se digné acorrerme, y ¡oh
felicidad inesperada! ¡oh prueba palpa-
ble de que está decidido en las alturas
que yo ayude esa propaganda!, tropiezo
con dos episodios, los titulados *Dios,
Patria y Rey*, y *¡Ojo al Cristo!* Los leo,
el amor de padre me ciega, y a los 27
años encuentro en mis hijos perfeccio-
nes que no había sospechado, y me de-
cido a exhibirlos con mi nombre. Copio
el primero a toda prisa, lo envío a Va-

lencia, y a los seis ó siete días recibo
este halagador telefonema:

«Nakens. Redacción Motín. *Dios, Patria
y Rey*, gran éxito. Dos orejas. — *Rodrigo
Soriano, Vicente Blasco Ibáñez.*»

¡Oh, contento! ¡Oh, revelación hermo-
sa! ¿Con que mis episodios merecían,
en opinión del público del teatro Prin-
cipal de Valencia, ser sacados de la os-
curidad en que por más de un cuarto
de siglo han yacido? ¿Con que aquellos
buñuelos que yo confeccionaba como
quien hilvana, resultan escritos con va-
lentía y corrección, según ha dicho aho-
ra un importante periódico valenciano?
¿Con que todavía pueden sus frases le-
vantar el espíritu liberal y hacer rugir
de ira al carlismo?... ¡Oh poder del
genio! ¡Las obras que él produce, son
eternas, inmortales!... Como el vino, ga-
nan con los años. ¡Ah!

(Permitidme, amados lectores, que
me esponje orgulosamente en este pa-
réntesis, que maldita la falta que hacía
aquí.)

Emocionado, loco, fuera de mí, agarré
las cuartillas, mandélas a la imprenta,
compusieronlas, y hete ya a mi *Dios,
Patria y Rey* impreso, deseando que las
compañías de verso lo pongan en escena
lo antes posible y las de aficionados las
imiten, para ver si los liberales se ale-
gran, los carlistas se indignan y los
curas trabucaires rabian; y aun pudiera
ser que en algún punto contribuyeran a
encender las nobles pasiones de la de-
mocracia, cubiertas con la ceniza de la
indiferencia desde tanto tiempo hace, y
abrasar de nuevo los corazones de los
buenos, animándolos para combatir al
enemigo común.

Y como en muchos asuntos el caso es
empezar, he impreso también el epis-
odio *¡Ojo al Cristo!*, de más efecto aún
que el anterior, por cuanto coloco frente
a frente a un cura tal como deberían
ser todos, desinteresado, tolerante y hu-
mano, y a otro, que es como casi todos
son, intransigente, avaricioso y carlista,
resultando del contraste escenas có-
micas de primer orden (¡alábate, Pepi-
to!) que entusiasmarán al público del
73, y que enloquecerán más al de hoy,
porque, como existe más fanatismo, más
farsa y más hipocresía que entonces, re-
sultarían los tipos de más actualidad y
con más relieve.

Y para que no se me crea bajo mi mo-
desta (?) palabra, copiaré un trocito de
la escena más colosal de la obra, con
serlo todas tanto. La situación es esta:

El cura carlista ha insultado al que
no lo es, mientras se prepara a fusilar-
le, y el otro, que lo ha oído con mucha
calma, le responde de esta manera:

D. FERM. Aunque satisfecho estoy
de lo fiel de ese retrato,
escúcheme usted un rato,
verá también lo que soy:

Un cura, que no crea
que su misión en la tierra
fuese predicar la guerra
a la grey que conducía,
sino mantener la luz
de la antorcha caridad

que nos legó en su bondad
Aquel que murió en la cruz.
Un cura, que está indignado
de ver que otros que lo son
cubren con la religión
un partido deshonrado,

y que perdona y disculpa
a muchos que la abandonan,
porque los que la pregonan
y no ellos, tienen la culpa.

Un cura, que siempre ha hecho
de su ministerio alarde,
mas hoy se esconde cobarde
bajo de este humilde techo,
cual si este ropaje santo
de los siervos del Señor
fuese hopa de deshonra

manchada de sangre y llanto.
Un cura, que si creyera
en el triunfo del carlismo,
cogiera un fusil hoy mismo
y a combatirlo saliera;

porque los carlistas son
los únicos que rebajan,
al par que ofenden y ultrajan,
nuestra santa religión.

D. ANT. ¿Te atreves a condenar
una guerra sacrosanta?

D. FERM. La guerra nunca fué santa;
dice el quinto: «no matar».

D. ANT. ¿Una guerra que defiende
Caixal, ilustra prelado?

D. FERM. Ese obispo ha rebajado
lo que enaltecer pretende.

D. ANT. ¿Que tu lengua infame, impía,
lo ultraje de esa manera!

D. FERM. ¡Si el Papa lo defendiera,
al Papa condenarla!

¿Eh, qué tal? ¿Se explica que el pú-
blico rugiera de admiración al llegar
aquí, y que pidiera, no la cabeza del
autor, sino toda su persona, que nunca
tuvo el honor de ver en las tablas? ¡Yaya
si se explica! Pues bien; no obstante el

gran éxito que este episodio alcanzó,
tampoco me propasé a darle mi nombre,
que ahora le doy eternecido.

También he encontrado otro episodio,
el titulado *Y dice el sexto mandamiento*,
en el que hace, como es consiguiente, el
gasto un cura carlista. Lo están compo-
niendo y será impreso en la próxima
semana, más para evitar quebraderos de
cabeza al erudito que dentro de tres ó
cuatro siglos pudiera encontrarlo y em-
peñarse en saber quién fué su autor, que
por creer que hoy, dada la mogigatería
en moda, pueda representarse. Figuran
en él una muchacha inocente de quien
un cura facineroso está enamorado, una
beata que ayuda al cura en sus preten-
siones, y un niño de la Juventud católi-
ca que a su vez persigue a la chica; y
excusado es añadir que, a menos de fal-
srear completamente los caracteres, la
obra tenía que resultar, como ocurrió,
un poquito picante; y al decir un poqui-
to, tal vez peque de modesto en demasia
ó de excesivamente pudoroso.

No sé si encontraré algún otro epis-
odio del corte de los apuntados, pues,
como representarse, se representaron al-
gunos más, y siempre con gran éxito,
dicho sea sin levantarme ningún falso
testimonio; aunque si no los encuentro,
con esos tres, y el célebre *¡Alza pilili!*
que corre impreso, y *El primer aniversario*,
que también anda en letras de
molde, bastan para patentizar tres cosas:

Primera: que no andaba yo muy mal
de condiciones, al comenzar la vida, pa-
ra haberme dedicado al teatro.

Segunda: que como este género lite-
rario es el único que da dinero en Espa-
ña, como negocio me habría tenido más
cuenta cultivarlo que no meterme en po-
lítica redentora sin aspirar a ninguna
clase de medro.

Y tercera, (y es la que me importa de-
jar bien sentada) que mi campaña contra
el clericalismo data del tiempo aquel en
que comencé a emborrionar cuartillas.
Amaba ya entonces la libertad con tal
vehemencia, que no desperdiciaba oca-
sión alguna de combatir a los que con
más furor y más constancia la odian;
habiendo aumentado éste mi batallador
anhelo a medida que he visto a liberales,
demócratas y republicanos transigir, por
temor a que los tachen de impíos, con
los que detuvieron a España en el cami-
no de su regeneración, y han acabado
por hundirla en el lodazal de todas las
vergüenzas, en las negruras de todas
las ruinas, intelectuales, morales y fisi-
cas; ruinas de que no saldrá y lodazal en
que tal vez se asfixie, si no tiene pronto
un arranque de esos que elevan, engran-
decen y dignifican a los pueblos.

José NAKENS

La España salvaje

José Salinas García, apreciable católico que se
había fingido sordo y ciego para pedir limosna en
las inmediaciones de la Catedral de Málaga, al
sentir el toque de gloria cargó una pistola vieja
con pólvora y fragmentos de cristales, y al dispa-
rar entusiasmado por la grata noticia, causó siete
heridas a José Sánchez Sánchez.

Un joven, al disparar una pistola el sábado en
Málaga, reuñido por la resurrección de Cristo,
se atravesó con el proyectil una mano, siendo con-
ducido en grave estado al hospital.

Una bala entró en el travía núm. 14, que pa-
saba por el Arroyo del Cuarto, en Málaga también,
rompió una de las persianas, destruyendo una de
las barretas, y ya sin fuerza dió en las espaldas de
un pasajero, al que causó una contusión.

Una caterva como de un centenar de chicos,
recorrió el sábado las calles de Tarragona golpean-
do con mazos y piedras las puertas produciendo
un ruido infernal y fingiendo matar ¡Juus!

La Correspondencia de España, católica a ma-
chamartillo, hablando de la romería a la Cara de
Dios:

«Triste es tener que decirlo; pero habrá que
pensar en suprimir el pretexto de tanta y tanta
borrachera como empieza por la mañana en la
plaza de Afilgidos, y se pasean después casi todo
el día por Madrid, constituyendo un espectáculo
indecoroso.»

Murmillos, gritos, carretas, desmayos, acci-
dentes, confusiones, pérdidas de objetos... todo
esto se produjo el Viernes Santo en la procesión
en Sevilla, cundiendo el pánico entre millares de
personas, y todo porque los hermanos de las co-
fradías de la Carretería y Virgen de la Soledad,
acordados como de costumbre, y salvajes cual
corresponde a los que se visten de máscara en
prueba de religiosidad, habianse trabado de pa-
labras por quién habría de dejar paso, concluyen-
do en coacs, golpes de cirio ó bofetones que re-
clamaban átnica.

¡Y viva la religión!

Lo divino y lo humano

«Han terminado las fiestas religiosas y
comienzan las profanas, siendo, bajo cierto

punto de vista, las unas continuación de
las otras, porque de la religión se hace
comercio como de tantas otras cosas, y ya
de las procesiones en Sevilla, en Murcia y
en otras varias ciudades, las autoridades y
los corresponsales hacen una propaganda
semejante a la que emplean cuando se trata
de una Exposición ó de otra fiesta por el
estilo.

Las procesiones son motivo de vanida-
des, pugilato entre gente hipócrita ó faná-
tica, reclamo para fomentar las industrias,
pretexto para una distracción más; todo,
menos manifestación de una fe sencilla,
sincera y respetable.

Después de tantos sermones, de tantas
ceremonias, de tanta protesta de arrepen-
timiento y de tantas humillaciones, al vol-
ver a la vida ordinaria, la gente, los
gobiernos y los pueblos siguen cada cual
su camino, sin que se sienta la menor
influencia en las costumbres.

Sólo las personas modestas, sanas de
corazón y sinceramente piadosas, sienten
nueva vida al poner el pensamiento en los
misterios de la Semana de Pasión y al
penetrarse de los principios verdaderamente
redentores y consoladores predicados
por Jesucristo; pero la masa general no
tiene de la religión más que una idea
mecánica, y lo mismo se da golpes de pecho
al pie de un confesionario, que asiste con
gusto a oír una función de la Mariani, y
más si es algo escabroso.

Jesucristo representaba principalmente
la paz, la caridad y la justicia; y si bien los
gobiernos lo celebran, aunque con diferen-
cias en la liturgia y en los Sacramentos,
la fuerza y la intriga continúan haciendo
un gran papel, y se reparten los pueblos y
los territorios con el mismo desenfado como
se podían repartir en los días del Imperio
romano.

No se resuelven los conflictos por prin-
cipios de justicia, sino por razones políti-
cas; y ahora mismo, en Africa, en Asia, en
otras varias partes del mundo, el derecho
del más fuerte se ejercita con tanta insolencia
como en los días anteriores a Jesucristo.

Los filósofos, los moralistas, los hombres
temerosos de Dios escriben, trabajan, pro-
testan; pero cada día se inventan armas y
proyectiles que hacen las guerras más ter-
ribles; los presupuestos de Guerra y de
Marian tratan agobiados a los pueblos, y
hoy el mundo es un inmenso campamento.»

Este artículo de *El Correo*, católico,
apostólico y romano, ó no quiere decir
nada, ó dice esto:

«El Morín triunfa en toda la línea.
La religión no es hoy más que un con-
junto de aparatosas prácticas exteriores,
que ni hace buenos ni justos a los hom-
bres ni a las naciones, pues para nada,
absolutamente para nada influye en las
costumbres ni en los sentimientos, y, por
lo tanto, sólo sirve para empobrecer,
enervar y perturbar los pueblos.»

Y es que Ferreras, cuando no piensa
en lo que particularmente le interesa,
suele pensar muy bien.

Aun cuando esto es tan claro y evi-
dente...

En el convento de María Inmaculada, que se
construye en la calle de Castaños (Bilbao), ha
prohibido la Superiora a los obreros cantar can-
ciones alusivas al *Chapa*, fundándose en que no
es lícito, en lugar que se destina a casa de Dios,
ofender a tan augusto señor.

Apuntemos esto en el libro de cuentas
corrientes abierto a las Ordenes religiosas, y
el día que una partida carca se eche al cam-
po, exclamemos todos, uniendo la acción a la
frase: «¡A los conventos! ¡A los conventos!»

Y una vez en ellos, que el amor a la li-
bertad nos inspire.

A UN PRELADO

El obispo de Pamplona ha dicho al
director de *El Porvenir Navarro*, que
la causa de la pérdida de la República
del 73 y la dificultad para que vuelva,
estriba en la falta de creencias religio-
sas de los jefes republicanos, y en que
republicano ha llegado a ser sinónimo de
ateo.

Voy a decirle a ese obispo varias co-
sas.

1.ª Que la República se perdió, no
por lo que él dice, sino precisamente por
la contrario; por no haber metido en la
cárcel, para fusilar después al que lo
hubiese merecido, a los obispos, canóni-
gos y curas que trabajaban por don Car-
los.

2.ª Que está mal enterado respecto
a cómo piensan en religión los hombres
importantes del republicanismo; por ca-
da uno racionalista, hay una docena ca-
tólicos, y de los que practican, que es lo
más grave.

3.ª Que tampoco es cierto, y esto sí
es triste, que republicano sea sinónimo
de ateo; si lo fuera, ya tendría la nación
a quien volver confiada los ojos en el ca-
tolicismo que se echará encima tarde ó
temprano, y que no resolverá nada, de-
no basarse en la anulación de la influen-
cia de toda religión positiva.

Y 4.ª Que antes que una República
que agradase a la Iglesia, preferiría yo,
y conmigo muchos, ser conquistados
hasta por los moros del Riff. Pues nun-
ca bajo su yugo caeríamos tan bajo en
todo género de degradaciones, como han
caído las repúblicas americanas que se
han dejado dominar por el clericalismo.

Creo que he hablado con alguna cla-
ridad. Si el obispo de Pamplona lo de-
sea, hablaré con más todavía.

Sr. Cardenal Sancha: Simpático para m
pelado.

Transposición se llama esta figura.

Un amigo mío, que ha visitado Toledo
estos días, me ha dicho que ha encontrado
varias veces a un ciudadano con un burro
cargado de hortalizas, que expendía papele-
tas a peseta para la rifa del cuadrúpedo, y
que unas veces él, y otras algún guasón del
público, anunciaba con sorna que aquél era
el burro del cardenal.

Como indudablemente usted no sabe esto,
porque de saberlo no lo consentiría, me apre-
suro a comunicárselo para que lo evite, pues
me es usted algo simpático (lo poco que pue-
de serme un obispo) por los palos que a los
carlistas suelta.

Y olvide usted que soy quien se lo dice,
para fijarse únicamente en lo que le digo.

Marcelo, llamado al orden

El arzobispo de Sevilla, Marcelo, ha re-
cibido una censura bastante severa del Va-
ticano, por un documento, por una *Circular
sobre las Cofradías* que se permitió publicar
en *El Boletín del Arzobispado* el 15 de Mar-
zo próximo pasado, y en la cual, entre otros
párrafos, figura el siguiente, objeto de la
reprimenda de Roma:

«Las procesiones, pues, además de significar
el ejercicio de un derecho que la Religión tiene de
ostentar su dominio universal, su señorio, no sólo
sobre las almas, sino sobre los pueblos, que son tan
suyos como las almas, ofrecen bajo muchos aspec-
tos, y a pesar de las deplorables irreverencias que
en ellas se suelen cometer, ventajas de no escasa
valía.»

El arzobispo ha contestado, *secamente*,
«que se ha visto en la necesidad de publi-
car ese documento, porque las procesiones,
sobre todo las de madrugada, eran una ver-
güenza», y que los penitentes, con sus túnica-
s, sus monteras ó sus ridículos *picuruchos
cólicos* en la cabeza, tomaban *devotamente*
unas *pítmimas* monumentales.

De Roma le han replicado, que todo eso
puede hacerse *sans trop de cèle*. Que la Igle-
sia sólo aspira a tener el dominio de las al-
mas.

Los jesuitas están furiosos con esa pe-
luca que le han echado a Marcelo, y que se
debe a que Roma, es decir, los transigentes
del Sacro Colegio, con Rampolla y el Papa,
están a partir un piñón con Francia y con
Rusia.

El Papa, en una conferencia que ha te-
nido con el coronel ruso Kozlov, redactor
de *El Invidio Ruso*, le ha dicho que tenía
profundo cariño a Rusia, y que la unión de
las dos iglesias era el sueño de su vida, sin-
tiendo grandísimas simpatías por ellos y
bendiciéndolos, al emperador y a la empera-
triz, que no son católicos.

En cuanto a Francia, el Papa ha envia-
do un rosario de regalo a Mme. Loubet.
Además, con motivo de la cuestión de los
Asuncionistas, censurada por León XIII, ha
repetido que la Iglesia no se mezclaba en
política, y lo mismo eran para ella las mo-
narquías que las Repúblicas, los gobiernos
liberales y *demócratas* que los absolutistas.

Consecuencias:
El liberalismo y el catolicismo y la demo-
cracia, deben ser, según el que tiene las lla-
ves del cielo, amigos íntimos.

En tiempo de Pío IX, iban todos los li-
berales al infierno.

Lo mismo van ahora al cielo los católicos,
como los ortodoxos rusos, que no lo son, y
van bendecidos por el Papa.

Los ingleses iban también hace poco al
cielo, mientras (duró poco) fueron amigos
León XIII y el P. Martín, el cual obligó al
primero, a que las iglesias católicas celebra-
ran rogativas por la salud con motivo de
no sé qué aniversario el año pasado de la
reina Victoria.

Hoy ya no, y lo mismo a los ingleses que
a los carlistas, les hacen la mamola desde
el cielo; y si se acercan allí, les azuzará
Pedro el cancerbero, que debe tener unos
dientes como los de *Chapa*, y el perro los irá
echando en las calderas de Botero.

DISCURSO NÚM...

Los oradores monárquicos tienen para sus dis-
cursos sensacionales de provincias un *cliché* del
que sacan los principales rasgos de sus decla-
raciones, con alguna que otra variación debida a las
circunstancias de la localidad en que hablan.

Ahora, en Sevilla, ha manifestado Maura las
mismas cosas que Silvela antes de llegar al poder,
y que Moret cuando está en la oposición. Recuer-
do haberle oído a Sgasta un discurso en Bilbao
allá por el año 1888 en el cual expuso los mismos
principios políticos y económicos que hace pocos
días Maura en Sevilla. Dijo que daría la autonó-
mia provincial y municipal cuando fuese al poder,
exactamente lo mismo que ofrece Maura estos días

para cuando venga Gamazo. Llegó después al poder, no una sino dos veces, y ni por descuido se acordó de aquellas promesas hechas en el Teatro Circo de la Gran Vía.

También recuerdo aquellos periodos muy bonitamente dichos, ponderando la belleza de las bilbaínas y elogiando las virtudes de la regente, refiriéndose lo mismo que Maura ahora en Sevilla ha cantado la gracia femenil sevillana y las virtuosas cualidades de la reina.

Entre aquel y este discurso, y todos los demás que pronuncian en provincias los corifeos del monarquismo, no hay más diferencia que los cambios de color que dan al cliché, de donde siempre sale el mismo fondo: ataque al grupo gobernante, algo de historia retrospectiva para deducir el tanto de culpa de los pasados errores sobre los compañeros, mucho jesuitismo sobre el porvenir, y la consiguiente predicción de un completo desastre caso de no llevarse a la práctica alguna que otra anodina solución que siempre olvidan al subir al poder.

En cuanto a los párrafos de floreos retóricos galantes, depende de la localidad en que se pronuncian el discurso. Si es en Valencia, una cantata a las flores, al clima, al cielo alegre, u otra cualquiera particularidad local; si en Toledo, un recuerdo al Toledo imperial, a los monumentos, al serio carácter del manchego, etc. etc. Y así sucesivamente, dando tintas diferentes al mismo cliché, según el sitio en que se usa.

Maura ha dicho además algo que le ha resultado contradictorio, y es que si el pueblo no se manifiesta energicamente por sí mismo no podrá hacer responsable a nadie de su ruina, y a continuación ha llamado a la legalidad a los partidos extremos, cuando, si ha de regenerarse, tiene que ser ilegalmente.

En suma, un discurso más, sin finalidad alguna, culpa supuesta.

R. DE G.

Nos hemos salvado!

En el Morro del Puerto, dique del Este, (Málaga) va a ser colocada la virgen del Carmen en una gran columna de ocho metros, horadada, para que la atravesada por una gran barra de hierro que sirva de imagen de sosten seguro, teniéndose en cuenta que ha de estar en sitio donde los temporales se dejan sentir con más fuerza.

Hágase lo mismo en todos los puertos de España, y dejémonos de comprar cañones ni hacer obras de defensa.

Una virgen a la entrada de cada puerto, y en los puntos avanzados, y que vengan escuadras contra nosotros.

Y véase de qué sencilla manera tendríamos asegurada la posesión de las islas Canarias y las Baleares y el renombre de bárbaros!

El zángano en la colmena

A las tres y media de la tarde, el pueblo, con sus doscientas casas y sus angostos callejones, era un horno caldeado por el sol estival.

Construido el caserío sobre la cumbre de una pequeña colina de suaves declives, dominaba desde las afueras con la vista la extensa planicie árida, seca y sin vegetación que rodea los pueblos pequeños diseminados por la inmensa meseta castellana.

Sin los dilatados campos donde crecen compactos los tallos del trigo, cuyas penachas espigas se balancean formando ondulaciones que los asemeja a un mar de auríferas aguas, nadie, ante aquella ausencia de otra clase de vegetación, podría admirar la prodigalidad de la Naturaleza.

Ni un árbol que con sus ramas ofrezca asilo a los pájarillos; ni un arroyo que rompa con el verdor de sus bordes la monotonía pajiza de aquellos campos; ni un promontorio lejano que interrumpa la igualdad del horizonte!

Unos instantes permanecí contemplando el espectáculo que ofrecía el paisaje.

Casi todos los vecinos del pueblo estaban en el campo. A lo lejos y en distintos puntos veíanse largas hileras de hombres inclinados, en mangas de camisa, con la cabeza cubierta por sombreros de paja ordinaria, entregados a la ruda y penosísima labor de la siega, mientras otros iban atando los haces. Las carretas, al paso tardo de los bueyes, hacían viajes transportando montes de dorada mies a las eras, donde los mozos la extendían para someterla a la trituration con los primitivos trillos de pedernales, arrastrados por yuntas de mulas.

Mi falta de costumbre de ver estas faenas y mi absoluta ignorancia de las labores agrícolas, no me permitían apreciar con toda exactitud desde lejos todos los detalles de la recolección del precioso cereal a que estaban entregados los habitantes del lugar. Sólo puedo asegurar que allí se cumplía rigurosamente la sentencia bíblica de «ganarás el pan con el sudor de tu frente», pues todos aquellos hombres trabajaban ruidosamente bajo la abasia asfixiante de un sol canicular.

Dentro del pueblo ocurría otro tanto. Los pocos vecinos que por su ocupación u oficio no tenían que salir al campo, pagaban su escote en la proporción que les correspondía.

En el taller del herrero, en derredor del horno chispeante y de los yunques, dos o tres hombres y otros tantos zagalones se agitaban como sombras fantásticas entre el humo del cok. De que allí se trabajaba de firme no dejaban duda los fuertes resuellos del fuelle y el áspero tintineo del macho sobre el hierro candente, que se oían desde el exterior.

En la carpintería, al lado de un tosco banco de madera, un oficial joven y robusto

aserraba un grueso tronco, cuyos nudos resinosos oponían dura resistencia a los dientes de la herramienta; el maestro juntaba cuidadosamente el marco de una puerta; el aprendiz encolaba unas tablas.

No lejos de allí se oía un rumor de voces infantiles. Era la escuela. Los pequeños también trabajaban. A través de las ventanas abiertas, y dominando aquel rumor de hambre, oíase la voz reposada del maestro explicando un pasaje de Historia Sagrada.

Por todas partes se observaba el movimiento y el trajín del trabajo.

Cuatro albañiles, en lo alto de los andamios y recibiendo en la espalda los rayos de un sol de justicia, picaban y revocaban la fachada de la casa consistorial.

El tabernero ocupábase en trasegar el vino, desocupando las corambres que habían de ir vacías al mercado para retornar henchidas.

El remendón en su cuchitril machacaba las suelas con un martillo desesperante.

El guarnicionero sudaba la gota gorda sobre unas colleras viejas que estaba reco-siendo.

El rapabarbas, por no estar ocioso, se deshacía las uñas en las cuerdas de la vihuela ensayando un pasa-calle.

Hasta las viejas ochentonas, sentadas a la sombra a las puertas de las casas, hacían calcetas de punto verde, mientras las otras mujeres en el interior de las viviendas cocían el pan o preparaban la colada.

Por todas partes lo mismo. Tendíase la vista por los cercanos campos y veíase aquel movimiento y trajín de los penosos trabajos agrícolas; se recorría el interior del lugar y se escuchaba el rumor de las labores rudas de los oficios e industrias, mezclado con el de los quehaceres domésticos, no menos duros, que pesan sobre estas pobres mujeres.

Todos los habitantes del pueblo, sin distinción de sexos, grandes y chicos, estaban dedicados a su trabajo habitual, a su labor cotidiana. ¡Era maravillosa aquella actividad de colmena!

Pero, no; había allí una casa en la que reinaba el silencio; había también un hombre que no trabajaba.

En medio de aquel trajín, de aquel afán, de aquella lucha perenne por la existencia, eran los únicos que permanecían la mayor parte del tiempo en quietud y reposo.

Y, no obstante, la casa era la más alta, grande y esbelta del pueblo; y el hombre el más rozagante y rollizo de todos los vecinos.

La casa, era la iglesia; y el hombre, era el cura.

JOSÉ CINTORA

Un predicador dijo el Jueves Santo en la iglesia de Santa María: «de 11.000 almas que tiene la parroquia sólo han cumplido hasta ahora con la iglesia unas 200.»

Tengo el honor de poner en conocimiento del respetable público, que yo no figuro entre esas doscientas.

Y el que dijere lo contrario, miente.

La noticia, por lo demás, ha conseguido ponerme de buen humor, porque evidencia que hay pocos aficionados a acercarse a la Sagrada Mesa.

Sospecho que habría muchos más que se acercasen a una mesa profana, si se les ofreciese una buena paella o un buen cabrito asado.

¡Oh materia vil y despreciable! ¡Cómo predominas en la tierra, a pesar de lo que afirman los que viven del acarreo de almas al cielo!

EN CHIRONA

A pesar de que la prensa de Madrid no ha tomado apenas cartas en el asunto, ha ingresado ya en la Cárcel Modelo don Celso García Monge, complicado en el desfalco o robo de 4.000.000 millones de reales en el colegio de la Consistencia de Plasencia, así como don Emilio García Monge, congregacionistas preclaros del Sagrado Corazón de Jesús, protegidos del obispo, y católicos sin tacha. Se espera que trinquen a otros personajes muy católicos, ya que entre ellos anda el juego.

Entretanto yo continuaré pidiendo a Dios en mis cortas oraciones, que ilumine al juez que instruye el sumario, para ver si alcanza alguna responsabilidad al obispo de Necedal, señor Souto. Desde que *La Bandera Regional* dijo «que él era el mayor responsable moralmente por su negligencia inexcusable y por su carácter», no pienso en otra cosa sino en el regocijo con que yo vería que lo procesaban. Y no por otra cosa, sino por creer que es la única manera que tiene de llegar a bienaventurado: padeciendo persecución por la justicia.

El Señor de cielo y tierra me oiga, ya que con tanto fervor se lo pido.

RAMILLETE DE BARBARIDADES

Un fraile en Jerez:

«La libertad ¿qué ha hecho la libertad sino tirar por los suelos a María la Virgen inmaculada?»

Si hubiera sido cierto ¿qué probaría? Que los encargados de mantenerla inhiesta, son incapaces. Dejarse vencer contando con el cielo, acusa, ó deficiencias en lo que defienden, ó cobardía en los vencidos.

El mismo fraile:

«El porvenir redentor de España, si ha de salir

de su postración actual, es fortificar su fe en la Iglesia, empuñar la bandera cuyo remate ostenta la salvadora Cruz y volver a las colonias perdidas y arrancadas por la fuerza de los herejes que las poseen.»

Cuando estábamos en ellas con todas las ventajas que da la posesión, las perdimos, a pesar de que la cruz figuraba como remate de las banderas. ¿Y ahora íbamos a recuperarnos por la fuerza? Ni aunque nos ayudaran veinte regimientos de apóstoles a caballo cortados por el mismo patrón de Santiago. Las colonias se perdieron por nosotros, y para siempre, precisamente a causa de los que viven de la cruz y sus derivados.

Otro fraile en la misma población:

«Desolado esos pios benditos, que anduvieron por la Palestina predicando la religión de Cristo.»

«Decid el Espíritu Santo y EN MI CONCEPTO MUY BIEN DICHO...»

Lo primero es una barbaridad de a folio y lo segundo una prueba de lo soberbios que son los ignorantes. No creo que el Espíritu Santo esté muy satisfecho de la aprobación de un zambombo de esa clase.

Los predicadores de Madrid se han des-pachado a su gusto; sólo de palabras mal dichas pudo un colega hacer este acopio en cinco ó seis iglesias el día de jueves santo:

«Volverán, sapientia, doctrina, el final último, reglus clavadas en el alma, palabras del señor Lázaro Andújar; preceles, curidas, ritos que aplastan, caminos que gritan, inorantes, términos de un predicador en Santa María; er mundo, ojeito, vil acción de ceñirse una toallita, solecismos en las Capuchinas; razas plegadas y actividad de la inercia, en San Lorenzo; creaturas, lempieza, homilid ad alza (por alfa), toallita y lebillo, en Covadonga; afejo, gratelud, apóstoles, entrés, en Irlandeses; aceptelar y verliu, en Alarcón, y así otras lindezas, además de las bestialidades de concepto y dogmáticas.»

Si inspirado en el púlpito por el Espíritu Santo hablan así esos clérigos ¿qué no dirán en las sacristías, ó cuando estén solitos con sus amas en sus castos hogares?

El cielo y la tierra

Y mientras aquí hemos pasado cuarenta días subvencionando cofradías, haciendo enormes gastos en las iglesias, dedicando a sermones y fiestas millones de pesetas, la Hacienda se ha preparado a cobrarnos en el año corriente estas insignificantes cantidades, sobre las que ya pagábamos sin poder pagarlas.

667.400 pesetas más por territorial.
8.830.400 más por contribución industrial.
2.000.000 más por derechos reales.
1.600.000 más minas.
400.000 más por títulos y grandezas.
600.000 más por descuentos de pagos.
130.000 más por carruajes de lujo.
2.228.000 más por transportes.
5.000.000 más por timbre.
26.000.000 más por tabacos.
500.000 más por naipes.
600.000 más por círculos y casinos.
9.000.000 más por sal.
8.000.090 más por consumos.
17.500.000 más por azúcares.
8.000.000 más por alcoholes.

También se aumentan las cifras en las cédulas personales, la pólvora y demás explosivos, las cerillas, los espectáculos públicos, etcétera, etc., amen de los millones que importará la contribución sobre las utilidades.

Continuemos, pues, tranquilamente rezando y pagando, hasta que cualquier nación, Portugal ó la república de Andorra, se digne venir a conquistarnos, si es que no les asusta la idea de tener que respirar en esta atmósfera envenenada por miasmas de cera, incienso, agua bendita putrefacta, pies de fraile, vaho asfixiante de hembras con toca, regüeldos de comida de viernes y hedores de llagas purulentas en la conciencia.

¡Se respira tan mal en un país que se dedica en masa a ganar el cielo!

Todo para el clero

En 28 de Abril de 1897, dirigióse al director general de Instrucción Pública la siguiente instancia:

«Don Pedro Talavera Iñerhueva, mayor de edad, empleado, con habitación en la Costanilla de San Pedro, número 8, pío 3.º y cédula personal de 1.º clase, número 1.238, ante V. E. comparezco y con la mayor consideración expongo: Que habiendo adquirido datos auténticos de fundaciones que hoy por su carácter y destino corresponde a mi entender la inspección de su cumplimiento a V. E. por su espíritu y letra de instrucción pública, tanto más por tratarse de capitales para dotación de maestros. En lo antiguo había la costumbre de designar para patronos de fundaciones a entidades que ejercían cargos en catedrales y cabildos, y aun cuando las atribuciones concedidas en las escrituras de fundación son bastante amplias, nunca para llamarse los patronos dueños y árbitros de los intereses confiados a su conciencia por la personalidad del cargo que ejercen, ni de ser irresponsables de los bienes confiados al destino marcado por los fundadores.

El señor don Felipe Antonio Martínez de la Mata dejó para dotación de las escuelas de Caudete y Campo-Robles (provincia de Cuenca) sesenta acciones de Banco de San Carlos, y con motivo de su quiebra, el sucesor, Banco de San Fernando, sólo reconoció por la quinta parte de su valor las mencionadas acciones, ó sean doce acciones del Banco de San Fernando que fueron marcadas con los números 3.022 a 3.053 inclusive.

El año 1.846 reconoció el dicho Banco un aumento de capital y el año 47 un cuarto más, por lo que compusieron 30 acciones del Banco actual de España.

La buena administración que tuvieron los antiguos patronos, incluso el último Lectoral de la catedral de Cuenca, don Ramón Torrijos, que

fué promovido al obispado de Tenerife, aumentó una cuantiosa suma el capital de la fundación; y aquí llamo poderosamente la atención de V. E. sobre los hechos que han llegado a mi conocimiento, sin que sea mi ánimo molestar en lo más mínimo a los que hayan intervenido con el carácter de patronos en la administración de los caudales de dicha fundación.

Las escuelas estaban retribuidas con una insignificancia, y como los dividendos de las acciones eran grandes, existía un remanente considerable.

Los señores patronos, incluso el último, que administró cumplidamente y que hoy es el actual obispo de Badajoz, no hicieron edificios para escuelas, y el que obtuvo la plaza de Lectoral y Patrono por este cargo, sucesor al referido obispo, mandó construir las escuelas, que deben ser inspeccionadas por facultativos y apreciar su valor, que puede suceder que el patrono haya sido víctima de engaño, ó juzgar por las noticias adquiridas y exceder de 10.000 pesetas el coste de las mismas del valor que en sí representan, y eso también debe interesar a la dirección general de Instrucción pública, velar por esta clase de intereses.

El hecho de más trascendencia y responsabilidad, á juicio del que suscribe, es el que paso á exponer:

El señor Magistral de la catedral de Cuenca, don Juan Orea, es el actual patrono de la fundación que nos ocupa, siendo altamente extraño que, habiendo ejercido siempre dicho cargo los señores lectorales, sea el magistral el que desempeñe el patronato, pero en la escritura de fundación se expresara taxativamente á quien correspondiese.

El expresado señor magistral, por el solo hecho de ejercer el patronato, sin duda se ha creído dueño de los intereses que administra, y sin causa justificada, al parecer, confirió poder como tal patrono á persona insolvente, para realizar en el Banco de España los intereses depositados correspondientes á la fundación, y que exceden de 15.000 duros, según mis noticias, cuya suma ha desaparecido en unión del apoderado, y sin que sepamos, á pesar del tiempo transcurrido, que el patrono haya dado conocimiento de este hecho á los tribunales de justicia; llamando poderosamente la atención que el señor patrono conserve la mayor intimidad de relación con la familia del que efectuó tal estufa; y con tan buenas administraciones, en poco tiempo sólo quedará el nombre de la fundación y el edificio construido, si V. E. no interviene de una manera eficaz en la administración de los referidos bienes; y de las pérdidas que por virtud de poderes conferidos sufra la fundación, son responsables los poderdantes, debiendo responder con sus bienes propios de los perjuicios ocasionados por su causa á las fundaciones; y la inspección de V. E. hará que el Banco de España no satisfaga cantidad alguna al referido patrono sin que antes rinda las cuentas conducentes.

Otro hecho para demostrar que el señor don Juan Orea, magistral de Cuenca, dispone como bienes propios de los legados para escuelas y sin personalidad para cobrarlos los realiza, denunciando especialmente este hecho ante V. E. para imponer el correctivo que estime procedente.

Don Antonio Montalvo Alarcón dejó para las escuelas públicas de la ciudad de Cuenca una cantidad impuesta en el Banco de España, nombrando patrono de esta fundación al presidente del cabildo de curas, que es ó fuese de la expresada ciudad; no siendo el señor don Juan Orea presidente de tal cabildo y personándose en el Banco de España ostentando esta representación, cobró el día 26 de Abril de 1892 la cantidad de 890 pesetas con 10 céntimos para las escuelas públicas de Cuenca, y en vez de entregarlas á quien correspondía, las compartió con los señores curas del Salvador y San Andrés, señores Torre-plaza y Torres, según confesión de este último.

Los hechos expuestos, que denuncio, no dudo que despertarán la atención de V. E. y del señor ministro de Fomento, á fin de que tenga cumplimiento la voluntad de los señores que legaron sus bienes en beneficio general de la Instrucción pública. Dios guarde á V. E. muchos años.

PEDRO TALAVERA

Madrid 28 de Abril de 1897.

Han pasado tres años, y á pesar de que los hechos están expuestos con la claridad que se ve, citándose fechas y nombres, y de que es asunto de moralidad pública, y de que interesa á la instrucción, la dirección de Instrucción Pública no ha dicho aún esta boca es mía.

Quiero mejor creer que no lo haya dicho por tratarse de gentes de Iglesia, que por otras razones menos explicables, aun cuando la marcha de las oficinas del Estado autorice para toda clase de suposiciones.

Pero pregunto al actual director de Instrucción Pública:

«Es justo que, mientras se le venden las fincas al agricultor ó se le embargan efectos al industrial, por el imperdonable delito de no poder pagar la contribución, se tarde tres años en incoar un expediente del cual pudiera resultar estufa ó robo?»

«Basta ya en España cubrirse con un sayal ó un manto, para disponer de lo ageno, aunque eso ageno revista el carácter sagrado que indudablemente revisten los legados y mandas que se dejan con fines benéficos ó educativos?»

Insistiré sobre este y otros asuntos parecidos, no sólo por ser justo, sino para que es vea con cuánta razón vengo repitiendo la frase: «La Iglesia se nos come.»

Los jesuitas han trabajado ferozmente en Valladolid por quitar parroquianas al teatro de Calderón donde actúa la Compañía de María Tubau.

«¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio, dirán los cómicos, y con muchísima razón.

Aunque bien mirado, no les está mal. ¡Que tomen Virgen de la Novena!

“PARA HOMBRES SOLOS”

Amados hermanos en Jesús: Muchas son las causas que conducen al hombre á la eterna perdición; el liberalismo, la lectura impia, la soberbia y otras. Pero ninguna tan perjudicial como la tentadora y pecadora carne; esa carne que, *vigorosa un momento*, arrastra al hombre débil á un *placer fugaz* y repugnante, placer que acorta la vida, y conduce al pecador falto de energías, *cabizbajo y triste*, á las penas insufribles y eternas, de los profundos infiernos.

Huid, amados hermanos en Jesús, de tales tentaciones, *cerrad los ojos ante las causas que las producen, y combatid los impulsos de la carne, haciéndola languidecer*, cuando más os excite al pecado, por medio de la

oración. Y si aun así os creyéseis impotentes para dominaros, asimismo *acudid á vuestro director espiritual, y él os confortará.*»

Varios demócratas teóricos, y por añadidura republicanos, escuchaban no lejos de mí, con la baba caída y los ojos visibles desmesuradamente abiertos, la sagrada oración del sagrado, sabio, virtuoso y elocuente orador.

Nada dijo, sin embargo, su reverencia, de los atentados carnales, frescos y añejos, de Lille en Francia, de los hermanos doctrinarios en Madrid, de los escolapios en Pamplona, de los del Seminario de Corbán, en Santander, etc., etc., etc.

“PARA MUJERES SOLAS”

Amadas hijas en María: Si el hombre tiene siempre un pie en el pecado, impulsado por los apetitos de la carne, que son los apetitos de Satanás, la mujer puede decirse que tiene ambos pies, y á veces hasta las manos. Y como tan eminente peligro de condenación eterna es relativo á la edad, no me cansaré en mi sagrada misión de condenar en todas, casadas y solteras, las debilidades que las ponen á las puertas del infierno.

Por eso, amadas en Jesús, os prohibo, especialmente á las solteras jóvenes, todo contacto con los hombres, para que no seáis víctimas de sus asechanzas, y caigáis en sus astutas redes como cae la cándida paloma en las garras del gavilán.

Cuando el amor inflame vuestro cuerpo, y desmaye vuestro vigor, huid, huid de vuestros novios, y de los que aparentan amaros, y *venid á mí*; que yo, con la gracia de Dios, ahuyentaré de vosotras á Satanás, y tranquilizaré vuestro perturbado espíritu. A todas horas me encontraréis dispuesto á combatir al demonio que reine en vuestro cuerpo, ya en el sagrado confesonario, ya en la casa en que se hospeda la sagrada misión, calle de... núm....

Omito la capital en que se permiten tales peroraciones, en obsequio á la moral y al prestigio de las autoridades; aunque es de suponer haya ocurrido lo propio en toda la dehesa católica. Indicaré, sin embargo, que la ciudad á que me refiero, se escribe con S. y es puerto de mar.

Los mansos ó cabestros que guían á los borregos y borregas católicas, pertenecen según la marca, á la ganadería Carmelita

MERCURIO

CARNE Y PESCADO

Los librepensadores de Valencia dieron el jueves santo en el teatro Pizarro un banquete de promiscuación á los pobres, como en años anteriores.

Y dice la gente impia, que les sentaron las viandas á cuantos las comieron, tan perfectamente como si se hubieran provisto cada uno de quinientas bulas de superior calidad.

Yo no lo creo, porque es imposible que la carne siente bien á nadie en jueves santo, por mas que haya autores con desvergüenza bastante para sostener que á los únicos que no les aprovecha es... á los que no la comen.

Pero aun sin creerlo me apresuro á hacerlo público, para que se regocijen los buenos creyentes con la idea de que tienen ya sitio acotado en el Infierno, y por toda una eternidad, los que comieron carne y pescado aquel día.

Pues ya sabemos todos que este es uno de los pecados que más encienden la ira del Dios bondadoso que hizo al hombre á su imagen y semejanza.

Por esto los clericales no dan carne á los pobres...

Ni pescado tampoco.

El baile y la novena

CUENTO

«Miren ustedes, nos decía la marquesa después de un almuerzo succulento que habíamos saboreado en la *señor del jardín*; yo á mis hijas las dejo cierta libertad, pues estoy convencida de que la libertad prudente es mejor guardadora de las muchachas que todas las precauciones. Y esto lo sé por experiencia propia.»

—Pues, ¿cómo? dijo no sé quién.

—Por lo que van ustedes á oír.

Mi madre me tuvo siempre sumamente sujeta y encerrada. Raras veces me llevaba al teatro, y eso después de haber preguntado á alguna persona que la mereciera entero crédito, si en las funciones que habíamos de ver se atentaba en lo más mínimo á la moral y las costumbres.

A bailes y reuniones no me llevaba nunca, pues decía que eran verdaderas invenciones del demonio para pervertir á la juventud.

Nuestras salidas de casa eran casi siempre para ir á la iglesia. ¡Me dí un atracón de novenas, triduos y solemnidades!

Sobre todo no perdíamos ninguno de los sermones que predicaban los jesuitas. Yo me aburría soberanamente, pues siempre he respetado la religión, pero no he podido con esas oraciones que se hacen á coro, con voz de nariz y á compás.

Los sermones de los jesuitas, que á mi madre la entusiasaban por más de que frecuentemente al terminarse la tenía que despertar para irnos á casa, á mí me parecían un conjunto de vulgaridades y fanatismos.

Muchas veces me pregunté entonces: ¿por

qué tendrán estos padres fama de sabios é inteligentes siendo tan vulgarotes é ignorantes?

Si vieran ustedes qué sermones tuve que esportar! El milagro que hizo San Roque legando que no se acabara nunca el vino de una tinaja; el de San Blas haciendo que un mudo pronunciara un discurso lleno de verbosidad y de elocuencia; y cosas por el estilo.

En esto llegaron á Madrid unas primas mías de Sevilla, que no venían más que á divertirse y paraban en casa. ¡Figúrense ustedes qué conflicto para mi madre! Es de advertir que ya entonces tenía yo relaciones con Carlos.

Pasábamos los grandes ratos para escribirnos y hablarnos. Carlos estaba furioso con las intransigencias de mi madre y su sistemática y decidida oposición á que yo tuviera novio á pesar de haber cumplido los veinticinco años.

Habíamos pensado muchas veces en escaparnos, pero á mí me dtenía el temor al qué dirán y á disgus: r á aquella pobre señora, buerísima aunque equivocada.

Llegaron, pues, las primas, y lo primero de que hablaron fué de ir á un baile de máscaras que daba en el Real la Asociación de Escritores y Artistas. «Hay que ir á todo trance, decían ellas, y Pepita tiene que venir con nosotras.»

Mi madre, que se moría por hacerse agradable á todo el mundo, y que, á fuer de aristócrata antigua, respetaba mucho los deberes de la hospitalidad, no se opuso tanto como yo esperaba, y empecé á confiar en que por fin vería el baile del Real.

Así fué, en efecto. Nos pusimos unos pañuelos de Manila, unas grandes cofias de linón en la cabeza, y nos fuimos allá acompañadas, por supuesto, de mi madre y dos tíos míos, personas respetabilísimas.

Carlos, avisado por mí del disfraz que llevábamos, se acercó á hablarnos, pero sólo pudo hacerlo de refilón durante brevísimos momentos.

Total; que me aburrí soberanamente, y yo misma dí la señal de retirada.

Tenía un sueño horrible. Carlos tenía un empeño loco en que usáramos algún recurso extremo para casarnos. Decía que debíamos apelar á la fuga para que la misma intransigencia religiosa de mi madre impusiera la boda.

Mis primas quisieron asistir también á algunas funciones religiosas. Llegó la novena de San José y los jesuitas echaron el resto en luces, arañas, flores y colgaduras.

Todo el Madrid elegante asistía por las tardes á la iglesia de los padres de la Compañía. Las apreturas para entrar y salir eran espantosas.

Una tarde, Carlos, que había estado á mi lado durante toda la novena, se acercó á mí oído á la salida y me dijo: «Es necesario decidirse; no podemos vivir así; si no accedes, me pego un tiro, me voy á América, ¡qué sé yo!»

Esto me lo había dicho muchas veces; pero entonces me lo dijo mientras la gente le estrechaba conmigo; percibía su aliento en mi cara; me sentía identificada con él; me daba cuenta como nunca de lo que le quería, de que no podía vivir sin él. No sé lo que pasó por mí, lo que sí sé es que dije á Carlos: «A las dos de la mañana en la puerta de mi jardín.»

Llegamos á la calle. En mí seguía la embriaguez que me había causado aquel abrazo que nos habí n impuesto contra mi voluntad los dos de San José.

Para terminar. Aquella noche me escapé de mi casa. Las cosas sucedieron como habíamos previsto. Llegó el momento del perdón, vino la boda, y mi madre me decía después muchas veces cuando le conté con franqueza lo ocurrido: «Mira, lleva á tus hijas cuando quieras al baile; pero ten mucho cuidado con las novenas.»

Calló la marquesa, y yo pensaba: «Ahí tienen ustedes una narración histórica que parece un cuento impio y demagogo.»

GIL BLAS DE SANTALLANA

En las fiestas de Semana Santa en Sevilla, se han vestido este año 3.500 católicos de Nazarenos, han sido empleados en los pasos 850 mozos de cordel y se han consumido 350 quintales de cera.

¡Este es un pueblo!

Mientras los parisenses pierden el tiempo en bagatelas como esa de la Exposición Universal, nosotros nos vestimos de mamarrachos y gastamos en cera lo que deberíamos emplear en cordeles bien enraseados para izar de los faroles á los bandidos que, no contentos con robarnos, se proporcionan el placer de envilecernos y hacer que el mundo civilizado se ría de nosotros.

Y á propósito. Ha corrido por la prensa la noticia de que el general Polavieja formó parte de la piara de nazarenos.

Lo dudo. El respeto al empleo que tiene en la milicia, ya que no otras razones, se lo habría impedido.

Necesitaría yo haberlo visto para creerlo.

Igualdad ante la ley

Ya saben mis lectores que el gobierno impuso mil pesetas de multa á la Oerillera, por haber robado una pección de millones á los consumidores.

Pues bien; para que se vea que no repara en la calidad de los delinquentes, y que hace siempre justicia seca, ha impuesto,

por conducto de la Delegación de Hacienda, 2.523 pesetas de multa á una vieja trapera que había reunido á costa de mil trabajos tabaco de colillas tasado en 7'50 céntimos y que trataba de vender.

Trapera que, como está en la miseria, tiene que extinguir en la cárcel la condena, ó sea habitarla por espacio de 504 días, á razón de duro por día.

La igualdad ante la ley es la base más firme del bienestar de los pueblos, y por esto el gobierno conservador, que tanto se interesa por nuestro bienestar, la aplica tan concienzudamente.

Y en tanto los republicanos discutiendo durante cuatro meses una unión ineficaz! Se echarán la cuenta de que con un gobierno así, maldita la falta que hace la venida de la República.

¡Con cuánta solemnidad iba la procesión del Viernes Santo por las calles de Toledo!

Mas ¡ay! que al llegar á la plaza de Zocodover, unos grupos de chiquillos se arrojan sobre los puestos de naranjas y comienzan á tirarlas, arrojándose el escándalo consiguiente.

Y como nunca faltan mal intencionados que, instigados por la masonería, causa de todos los males que afligen á la Iglesia, se aprovechen de cualquier incidente para perjudicarla, alguien hace correr la voz de que aquellos chiquillos obedecían á instrucciones de varios clérigos, que á su vez las habían recibido del cardenal Sancha, y hubo, como era lógico, voces subversivas, amén de carreras y atropellos.

Y como en los tiempos que estuvo el cardenal en Valencia, habló también la prensa de chiquillos que por orden suya cercaban su coche y á los cuales echaba, no recuerdo si estampas ó caramelos, no faltó quien diera crédito á la calumnia de que el respetable cardenal había intervenido en el alboroto de las naranjas; que siempre la malicia se halló dispuesto á perjudicar la fama de los buenos.

Creo, por lo tanto, que convendría abrir una información, para que resultase claro que el Prímado de las Españas no había intervenido en aquel acto, como indudablemente resultaría.

Absolución justa

Trató un ciudadano, católico ferviente, de anexionarse unas cosillas en el convento que los jesuitas poseen en Brest, y fué sorprendido y encarcelado, formándosele el correspondiente proceso.

Al verse ahora la causa, el fiscal ha desistido de la acusación, por tratarse de una sociedad ilegal, sin personalidad jurídica.

La prensa comenta y celebra el que el individuo haya sido absuelto, pues esto, dicen algunos periódicos, equivale á una licencia para robar á los jesuitas.

Aun cuando el fiscal no lo ha dicho en su informe, yo creo que ha influido poderosamente en su conducta el recuerdo de que hay un refrán que concede cien años de perdón al ciudadano que desvalija al que á su vez disfruta lo de otros. Pero sea por esto ó por aquello, conste que me parece una absolución justa la de ese apreciable francés, que no dudó en sacrificarse por privar á los jesuitas de algunos de los medios con que cuentan para comprar conciencias, pervertir á los pueblos y apoderarse de todo.

¡ECHE USTED RUMBO!

Extracto de la descripción que hace de las procesiones celebradas en Antequera un católico ferviente en *La Unión Mercantil* de Málaga.

LAS PROCESIONES DE ABAJO

EL NIÑO PERDIDO

Viva representación del Niño Jesús, con cruz de oro y plata cincelados en la mano.

EL DULCE NOMBRE

Lleva el Oristo á cuestras una gran cruz de plata cincelada, y sobre cuatro columnas de plata también, con adornos de terciopelo morado, están colocados cuatro magníficos candelabros, de plata. En el paso figuran tres hermosísimos candeleros de plata, con un soberbio centro, regalo de Romero Robledo.

El pedestal sobre el cual está la imagen de Jesús, figuran elevarlo ocho preciosos ángeles, que sostienen además riquísimos colgantes de plata, y lleva la imagen al cuello un cordón de filigrana (cuyas borlas las sostienen los ángeles) que hace unos cuatro siglos le remitieron á la cofradía desde México, sin que hasta hoy haya podido saberse el nombre del donante.

La riqueza de este paso, como la de todas las imágenes, es maravillosa, y deajo por lo tanto su descripción á la avasalladora elocuencia de los números.

La túnica, de terciopelo morado, bordada en oro, está valorada en 16.000 reales.

Las potencias y corona de espinas, todo de oro, con las alhajas y piedras preciosas que la adornan, se valúa en 96.000 reales.

El cordón que lleva la imagen á la cintura sujetando la túnica, fué confeccionado en Lyon, é importó 4.000 reales.

La crestería de plata que adorna el trono, se supone que no bajará de 50.000 reales.

Bastan estos datos para formarse una idea, aunque incompletísima, de la sublime belleza y extraordinaria riqueza que lleva este paso, que no tiene igual en el mundo.

LA VIRGEN DE LA PAZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho, alta la mirada, una rodilla hacia adelante y descubriendo bajo la riquísima túnica un

diminuto pie cubierto con primorosa sandalia bordada en oro, es una verdadera maravilla. Y como yo no puedo describir maravillas, apelo á mi gran recurso, á los números.

Doce varales de plata sostienen en sus ángulos el soberbio palio de terciopelo bordado en oro, con remates, escudos, esquinas y otros adornos de plata, valorado en 128.000 reales.

Cuatro hermosísimos ángeles de gran talla llevan otros tantos varales con candelabros de plata. Al trono, que es tallado é incrustado en plata, le dan mayor realce preciosos floreros, elegantes jardineras y colgantes primorosos del mismo metal que los candelabros, todo de un valor sorprendente, color azul celeste bordado en oro, y, como la túnica, que es de lo mismo, pero color grana, está guarnecido de piedras preciosas, é importó á la cofradía la suma de 48.000 reales.

La corona, que es de oro, hecha con todas las exigencias de la heráldica, contiene alhajas riquísimas y todo está avalorado en 128.000 reales.

El cuchillo ó puñal que lleva la imagen en el pecho, es de oro y contiene alhajas por valor de más de 20.000 reales.

LOS ANGELES

El niño Ricardo Talavera Gómez, representa el arcángel San Rafael, é irá vestido con traje de tisl de plata, color azul celeste, y lucirá joyas por valor de 60.000 reales. Precederá al trono del Niño Perdido.

José Consejo Lozano, es otro de los angelitos que representará á San Gabriel, y vestirá traje de raso blanco con recamos de oro, y llevará un collar de brillantes, apreciado en 50.000 reales; una diadema de brillantes y perlas, 120.000 reales; dos broches en los hombros, dos alfileres y otro collar, 130.000 reales.

Este niño, que marchará delante del paso del Dulce Nombre, será vestido por la Excelentísima Sra. Marquesa de Fuente-Piedra y por doña Elisa Palma.

Al arcángel San Miguel lo representará el niño Joaquín de Rojas Montero, y su prima, la Excm.a Sra. Marquesa de la Peña de los Enamorados, doña Josefa de los Ríos, lo vestirá con riquísimo traje de raso y oro y le pondrá un cascio y una carga de plata con adornos de brillantes, valuado en 120.000.

CAMPANILLEROS

Enrique Franquelo Pacia y Francisco Castilla Bellido, son los dos niños que irán de campanilleros ante las imágenes. Doña Matilde Gómez Betes vestirá al primero con túnica de terciopelo morado, bordada en oro, y le pondrá alhajas por valor de 60.000 reales.

Doña Elisa Palma vestirá al segundo con túnica como la del anterior, y poniéndole en joyas 96.000 reales.

HERMANOS DE INSIGNIA

Los hermanos mayores, llamados de insignia, serán; del Niño Perdido, don Rafael Laujas; del Dulce Nombre, don José Paché de los Ríos, y don Sebastián Herrero Briales, de la Virgen de la Paz. Los tres lucirán túnicas iguales, bordadas en oro, siendo el coste de cada una 12.000 reales.

Tisl, raso, terciopelo, plata, oro, brillantes, pedería, joyas, miles de duros...

¡Qué relación tan en consonancia con el estado actual de este país hambriento, arruinado por las guerras, agobiado por los impuestos, chupado hasta los huesos por las órdenes religiosas!

Y qué ideas acerca de la bondad divina despertará la vista ó la descripción de todas esas magnificencias, en esas madres sin alimento para sus hijos, en esos padres desesperados por la miseria de los suyos, en todos, en fin, los que han hambre y sed de pan y justicia?

Porque esto que se ha visto en Antequera, es lo que se ha visto, en más ó en menos, en casi todas las poblaciones de España: una Iglesia exuberante de riquezas, y un pueblo que, por no alimentarse, ni de esperanzas se alimenta ya.

Y que todavía haya canallas que motejen á los pocos que nos dedicamos á decirle al pueblo: «¡El clericalismo! ¡He ahí tu enemigo! ¡La religión! ¡He ahí la madre del clericalismo!»

Mas advierto que me he salido de mi tono habitual, y vuelvo á él para terminar diciendo: «¡Juan Lanas! Mereces todo lo que te pasa, por escúrpido; pues lo eres tanto, que si mañana te digieran que debías quemarme por arrancar la fe de tu pecho al referirte cómo viven los servidores de la Iglesia y cómo vives tú, llevarías con mucho gusto hasta el lugar de mi suplicio el haz de leña que ellos colocasen sobre tus costillas. Te conozco bien, Juan Lanas de mi corazón.

Pero como no lo hago por servirme, sino por proporcionarme la satisfacción de echar margaritas á puercos, lo continuaré haciendo. Unicamente me molestaría una cosa: tu agradecimiento.

OBRAS NUEVAS

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

¡OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

EN PRENSA

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores á *El Motin*, 50 céntimos.

Ó CON ELLOS, Ó CONTRA ELLOS

La *Publicidad* de Barcelona, refiriéndose á la guerra que le hacen en los

centros católicos, en la prensa clerical, en el pulpito los presbíteros, y al pie del altar los párrocos, prohibiendo su lectura, condenándola y excomulgándola, dice:

«No somos enemigos de ninguna religión: jamás hemos atacado el dogma, bien lo saben ellos; esto no obstante, los obispos permíten que se sostenga contra nosotros una campaña de difamación injustificada y reñida por completo con el sentido cristiano y de amor del mártir que murió en la cruz perdonando á sus enemigos.

Somos enemigos del clericalismo, de ese afán insaciable que impulsa al clero regular, y á buena parte del secular, por avasallarlo y dominarlo todo en lo social, en lo político y en lo económico.

Dijo Jesús que su reino no era de este mundo, y por esto luchamos contra los que, presumiendo de continuadores de su obra, con los hechos y las palabras la contradicen y escarnecen.»

Y te extraña, querido colega, que te ataquen los clericales, siendo como eres? Pues fíjate en que *El Ancora* de Palma de Mallorca ataca ferozmente al *Blanco y Negro*, que se pasa la vida haciendo arrumacos á la Iglesia y sus ministros.

¿Cuándo se convencerá toda la prensa de que con el clericalismo no valen medias tintas, y que menos ganan con él los que más transigen con sus faltas y amparan con el silencio sus delitos y sus crímenes?

EN FRANCIA

Para reprimir los abusos de los frailes y jesuitas que con pretexto de las misiones cuaremales recorren los pueblos predicando la rebelión contra la República y haciendo propaganda monárquica y antisemita, el presidente del Consejo ha dirigido á los prelados la siguiente circular:

«Paris, 2 de Abril de 1900.

Señor obispo:

Desde hace algún tiempo parece que en algunas diócesis va introduciéndose la costumbre de pedir el concurso de los individuos de las Congregaciones no autorizadas, para dar en las parroquias misiones ó predicar sermones extraordinarios.

Tal estado de cosas, que ofrece el grave inconveniente de sustraer una parte importante del ministerio parroquial á la acción del clero secular, para conlirir á congregaciones ilícitas y legalmente disueltas, me pone en el caso de recordar á usted las disposiciones de nuestra legislación concordataria.

El artículo 1.º del decreto de 26 de Septiembre de 1809 prohibe de la manera más terminante las misiones en el interior, y el Consejo de Estado ha recordado repetidas veces la necesidad de conformarse á esta disposición que no está derogada.

No se le ocultará á usted que las contravenciones á esta disposición que puedan ocurrir en su diócesis, han de comprometer gravemente su responsabilidad de usted, como así mismo la del titular de la parroquia y de la junta de fábrica (artículo 32 del decreto de 26 de Septiembre de 1809).

Por consiguiente, tengo el honor de llamar la atención de usted acerca de la imperiosa necesidad de volver á la aplicación de las disposiciones legales y de poner término á las misiones y predicaciones extraordinarias, que necesariamente perjudican á la organización de las parroquias, cuando no se convierten además en ocasión de públicos disturbios.

Acepte usted, señor obispo, la seguridad de mi consideración. El presidente del Consejo, ministro del Interior y de Cultos.—*Waldeck-Rousseau*»

¿Cuándo habrá aquí n gobierno que haga cumplir así las leyes al clero? Con la monarquía, nunca.

Por esto clamamos por la República todos los que amamos el reposo, el bienestar y la dignidad de España.

Lo malo es, que nos contentamos con clamar.

Idilio con revolver

Había en el Manicomio de Valladolid un muchacho repatriado, bastante listo, que ejercía funciones de enfermero.

Enamoróse hará unos meses de una hermana de la caridad, sor Ignacia, guapa, amable é insinuante, que á su vez lo miraba con buenos ojos y le permitía ciertas confianzas inocentes. ¡Oh tirano amor, rapaz vengado!

Animado por un compañero, escribió el chico una carta á la s.r. el día 15 de Noviembre de 1899, á la que ella le contestó de palabra en esta forma: «¿Qué ha hecho usted?... Es usted malo, atrevido... Vaya, será una broma... Usted quiere un imposible»...

El mozo insistió, ella fué ablandándose, viéronse donde pudieron, á oscuras en ocasiones, pero sin faltar nunca á la castidad... Todo en aquellas relaciones fué puro, poético...

Un día el repatriado le propuso á Ignacia el casamiento, y ella, con esa inocencia que caracteriza á las del gremio, le dijo que no, á menos que él heredase, obtuviese el premio gordo de la lotería ó consiguiera un destino productivo, porque «ella hacía en el Manicomio una vida feliz sin que le faltase nada de lo del mundo, etc.»

El Romeo continuó, á pesar de esto, el encantador idilio, hasta que el diablo, que nunca duerme, le avisó de que su Julieta sostenía iguales relaciones con otro sirviente de la casa, también joven, también guapo. Y dedicóse al espionaje.

Y como el otro, el rival, también tenía que aprovechar oscuridades, silencios de la casa, descansos ó sueños de los habitantes para ver á su místico ídolo, necesariamente debía ser sorprendido alguna vez por quien le espiase, v. por su parte, notar si alguien se fijaba en él. Lo notó, efectivamente, concibió iguales sospechas y se dedicó á espiar á su espia.

En esto Satanás, cansado ya de aguardar el desenlace del drama que había fraguado, se vale de otra hermana de la caridad, guapa también y enamorada del repatriado, al que no había podido catequizar, para que lo espiee á su vez. Hácelo, entrárase de cuanto ocurre, se arregla para que su adorado se ponga en autos, y...

¡Eche usted indirectas, miradas de odios, palabras amenazadoras durante unos quince días por aquellos santos corredores y piadosos aposentos donde los ángeles de la caridad refrescan con el batir de sus alas puras las frentes caldeadas por la demencia!

Para ahorrar detalles, que harían muy largo este relato, diré que un día se presentan los dos Otelos, hábilmente dirigidos por la hermana desdenada, en la celda de la que á los dos entreteñía; se insultan, y salen en son de desafío sin respetar las lágrimas y lamentos de la pobre sor Ignacia, quien, cuando se convenció de que no podía convencerlos ni detenerlos, corrió en busca de un practicante para que les impidiera la salida, como lo hizo mandando cerrar todas las puertas, mientras la hermana traidora, que había acudido al escándalo y presenciado la escena, avisaba á la Superiora.

Llega ésta, interroga á los rivales, ellos niegan como unos caballeros, y queda, por el momento, resuelto en paz el asunto.

Pero ¡ay! al poco tiempo, el repatriado advierte que todos se confabulan contra él. Dos cándigos que casi viven en el Manicomio, pues de allí no salen, metidos siempre en el departamento de las hermanas, donde comen, beben... etc., y que, contrariados porque al expiarse los rivales habrían podido sorprenderlos á ellos entrando de noche en los apartados de las hermanas, ó cogidas ellas de su brazo por los pasillos, ó cuchicheando en los rincones oscuros, intervienen para evitar que los misterios de la Santa Eleusis trasciendan á los profanos, y ayudados por la Superiora, el director y los médicos, decretan la expulsión del repatriado.

El director facultativo injuria al atrevido galán, le impone una multa, y al fin entre todos le arrojan á la calle, para que no turbe la paz con que allí se explota la desgracia y se vive en estrechas uniones de almas y no sé si de algo más.

¿Y el rival? Dentro se queda. ¿Y la hermana Ignacia? La trasladan á otro departamento del mismo edificio.

«¡aquella santa casa, dice un colega, donde las vírgenes del Señor ó de los señores se disputan la preilección de los criados, intrigan misticamente aun con peligro de conflictos ascéticos, estando á la fortuna que salta y al mozo que se deja manipular; aquel santo gineceo de los cándigos, donde se vive de la desgracia tanto como de la imbecilidad oficial, todo ello bajo la purísima dirección de las muy puras é immaculadas hermanas; aquella mansión celeste ha quedado tranquila, importándole muy poco á sus virtuosísimos, nobles y abnegados habitantes la odiosidad pública y las burlas de Valladolid entero, y aunque sea de toda la Península, con tal de que desde el gobierno venga el maná de la protección oficial con la impunidad completa y segura.»

Son tantos los hechos parecidos que se descubren á diario en conventos, asilos, hospitales y demás edificios habitados por gente santa, que no paso desde hace días por las inmediaciones de ninguno, sin exclamar:

«¡Oh, quien tuviera poder para levantar el tejado, aun cuando me viese compelido á taparme los ojos ante alguna escena parecida á las perpetradas últimamente en el Manicomio de Valladolid!»

PROBLEMAS SOCIALES

Juan es un honrado que de muchacho viene cumpliendo la sentencia de nuestros universales progenitores en el Paraíso, de ganar honestamente el pan con el sudor de su cuerpo.

A diferencia de los tres puntos que proyectan el plano inclinado por donde la nación se precipita, el fraile que escarba, el caballero baldunque que roe, y los nobilísimos parásitos, honrados en pasivo, que se llevan el resto promiscuando.

Juan trabaja como un condenado voluntario, desconoce la promiscuidad, y además cree en la justicia, la verdad y el honor, bagaje demasiado pesado para viajar solo y en tercera por estos mil laberintos de la vida y las celadas de caza, con que suelen ilustrarla otros tantos convencionalismos, donde se apacentan los del ganado humano, santísimos pastores.

Juan, según todos los seres, pasó la primavera mecidiéndose al amor de la vida y tuvo relaciones con una doncella en domesticidad, casándose con toda la fe de un hombre de bien, en cuanto pudo ganar para los dos y arreglar humilde y modestamente su nido.

A diferencia de todos esos inominados narcisos de nulidad, que cual zánganos al sabroso panal andan á caza del imperativo patológico de la mujer y de la dote, según los ceros á la derecha de las cifras positivas, para representar algo.

La mujer, lo mismo que el hombre, dado el actual medio ambiente, no son lo que parecen ni muchas veces quieren, sino aquello que el imperativo patológico les impone; dígame para descargo de ciertos pecados y justificación de ciertas debilidades.

Por esto la doncella en domesticidad está más rodeada de peligros y asechanzas que la doncella en plena naturaleza, donde siendo más puro el ambiente, más sanas las costumbres y menores las necesidades, tiene menos riesgos el imperativo patológico y mayor número de armas defensivas; cierto también que promiscuan menos.

Juan, que tiene la cabeza sobre el estómago, no había comprendido jamás eso de las necesidades del imperativo patológico y menos en la mujer que vive como él de su trabajo, teniendo la ejecutoria del buen ejemplo en los padres y parientes, porque, lo que dice: «Cuando se trabaja, no hay tiempo ni para ser malo.»

Hombre más práctico que platónico, gestionado por la familia de su presunta, resuelve casarse promiscuando, es decir, por lo civil y religioso, pagando esa doble garantía matrimonial, muy satisfecho de probar á su mujer Petra la estimación y cariño que la profesaba.

Multiplicándose en su oficio para ganar más y atender á las necesidades de lo que venir pueda, sobrio en palabras, pródigo en obras call todos esos héroes anónimos del trabajo á quienes Dios sonríe y la naturaleza bendice en sublimísimo silencio, Juan se im-

puso más privaciones para economizar algo y obsequiar á su Petra.

Grande fué la sorpresa que tuvo al regresar á su casa jadeante de cansancio y saber el feliz alumbramiento de un robusto infante de su mujer Petra, á los cuatro meses y medio de casado.

La naturaleza, con todo su brutal amor á la verdad, azotó el rostro de Juan produciéndole la fiebre del honor en los pulsos, y dando diente con diente, después de arrancar á su mujer la confesión de la paternidad de la criatura, fué á buscar al juez en un estado de ánimo que me sería bien difícil expresar.

El instrumento de la ley, después de consignar la declaración de Petra y el nombre del padre de la criatura, mostrando con amargura la impotencia, consoló á Juan diciéndole quedaba relevado de los alimentos y demás vil prosa de la vida.

Juan, en medio de la mayor indiferencia de los vecinos, las sonrisas maliciosas de los imbéciles y los dichos de la idiotez, abandonó su nido sin balbucear una queja ni lanzar un reproche á los padres de su mujer, murmurando para su chaleco:

—Nos confesamos; ella debió confesarse y decir la verdad; él bajo secreto y sin escándalo presentar impedimento, y no castigar á un inocente. —Ahora yo, ni soltero, ni casado, ni viudo. ¿Qué delito cometí? —Casarme como Dios manda, ser honrado y no promiscuar por pascuas floridas.

En otra nación donde se busca la paternidad y se indemniza á los víctimas, los que aquí hacen las cencerradas, harían la ley de Lynch para ejemplaridad de tontos y escarmiento de malvados. Ella con sus padres y su hijo; yo solito con mi desventura, condenado á promiscuar matrimonialmente donde halle. ¡Triste realidad de otra más desconsoladora! El país se casó con la Restauración por la paz, por la tranquilidad, por la prosperidad... y, sin comerlo ni beberlo, está como yo viviendo de promiscuidades y de vilipendios.

UBALDO R. QUINONES

LA PRENSA IMPÍA

La noticia me ha causado honda pena.

Pasaba una pareja de frailes á la una y media de la tarde del día 7 del actual por la calle Mayor de Reus, cuando á unos chiquillos se les antoja jalearla.

Ella delante y ellos detrás, al llegar á la plaza de la Constitución era tal el alboroto por los muchos chiquillos que habían ido engrosando el grupo, y gritando *voltas, drops* etc., que tuvieron que intervenir los agentes municipales.

A las dos y cuarto y en el paseo de Mata, ya se puso más seria la cosa, y á no ser por un individuo de orden público y un guardia municipal, acaba el fraile como dicen que murió San Esteban, á pedradas; pues tantas y tan hermosas le soltaban los chicos, que daba gusto ver al fraile volar en alas de la fe á la estación de los Directos, á donde llegó con más miedo que vergüenza.

Afirma un periódico de la localidad que todo esto ocurre por las provocaciones clericales y por recordar el pueblo el auxilio que los frailes prestaron á las hordas carlistas en las dos guerras civiles pasadas.

Pero eso no es cierto. La culpa la tienen los periodicuchos como *El Morín*, que se dedican á difamar á los pobrecitos frailes, haciendo creer al pueblo que trabaja y no come, que los frailes comen sin trabajar; inventando hechos inmorales de Flaminios y Doroteos; inculcando en el vulgo la idea de que los jesuitas y demás frailes acaparan las riquezas por toda clase de medios reprobados; quitando, en fin, la fe que el pueblo tenía antiguamente en tan santos varones, y que lo llevó, en un momento de envidiable entusiasmo, á arrojarlos el año 35 por las ventanas de los conventos.

Esos, esos infames papeles como *El Morín*, deshonra de la prensa, son los que tienen la culpa de escenas como esa vergonzosa de Reus; y mientras no se acabe con ellos, hay que desesperar de la salvación de España.

DE CORTEGANA

Noches pasadas fuí á oír uno de los muchos sermones que ha vocingileado á mis convecinos el bípodo de cerquillo y sandalias que hace la siega en este pueblo, y al entrar en el templo tropecé con dos guardias municipales que prohibían la entrada á los varones menores de diez y seis años y también á todas las mujeres sin distinción de edades.

Me dijeron que las hembras habían tenido su correspondiente sermón femenino á las dos del mismo día, y que después se habían confesado las muy... penitentes.

Penetré en el templo, y á poco entona una canción mística el domesticado público, se restablece el orden y empieza el fraile:

«La fe, como emanada de Dios, es la virtud fundamental de la sabiduría, de la ciencia, de la filosofía, de la moral y de la política. Todos los hombres ilustres que han llevado á cabo prodigios provechosos, han sido alentados por la fe. ¡Qué, si no la fe, alentó á Cristóbal Colón cuando, desatendido del rey de Portugal y de los genoveses, y reputado de visionario, vino á Es-

paña y solicitó de los reyes católicos los medios para hacer su descubrimiento?»

Relata á medida de su deseo los pasos de Colón antes de hacerse á la vela en Huelva, y, aquí el hombre, digo, el fraile, siguiendo al célebre navegante mares adentro, se siente con pretensiones de orador recalcitrante y tremebundo y nos pinta las furias del mar embravecido.

Pues bien; Cristóbal Colón no arribó á la Isla que llamó de San Salvador, guiado por esa fe que dice el hermano, pues Cristóbal Colón había estudiado profundamente la astronomía, la geometría, la geografía y la cosmografía, y había recorrido por mar casi todas las partes del mundo conocido; se fijó en la idea de que debían existir algunas tierras no descubiertas, y acometió la empresa alentado por la fe que tenía en sus cálculos científicos, pero no alentado por esa fe dogmática de la Iglesia, que consiste en creer ciegamente todo lo que ésta nos dice.

No llevaría Colón mucha fe (dogmática, se entiende) puesto que las Sagradas Escrituras y muchos libros de texto de la Iglesia niegan terminantemente la redondez de la tierra. También conviene advertir que compareció Colón en Salamanca ante una reunión de los más notables doctores de la Iglesia, los cuales negaron la existencia de tierras desconocidas y declararon loco al insigne descubridor, quien al poco tiempo, á pesar de su locura, dió un solemne y evidente mentís á las Sagradas Escrituras, á los obispos y demás Padres de la Iglesia que lo tacharon de loco, y al mismo Papa Juan XV, que en el año 987 nombró una comisión de sabios frailes para que viajasen hasta el fin de la tierra, y se presentaran cinco años después diciendo que habían tocado el cielo con las manos y que tuvieron que agacharse para no lastimarse la cabeza.

A estos frailes hay que dejarlos por embusteros, y... á los demás también por lo mismo; pero al que está en Cortegana pienso aconsejarle que no diga barbaridades, para que jamás se le ocurra repetir que San José y María Santísima con el Niño á cuestas y á pie, pudieron andar 127 leguas en 12 horas, cuando hubieron descendido a Egipto.

KLOWDIG

Cortegana 14 Abril 1900.

Matute de santos

«Ni el mismísimo Nakens se atrevería á cometer la irreverencia que con dos imágenes, conocidas por las Magdalenas, un San Ceón bendito y dos confesonarios, ha cometido el cura de Nogales.

Por lo visto les tenía tirria y decidió deshacerse de ellos; pero como al pueblo le ocurría lo contrario, tuvo el bueno del cura que hacerlo de ocultas, y por un procedimiento que no deja de ser ingenioso. Se las encontró con un anticuario, soló este 45 machacones y negocio concluido.

Pero, aquí viene lo gordo. Para que no se enterara el pueblo de nada, se le ocurrió al cura una idea luminosa. Sin andarse con rodeos, puso á cada santo una boina en la cabeza y un tapabocas al cuello, y ya se preparaba á sacarlos del pueblo, cuando ¡oh desdicha! se enteró una mujer, da la voz de alarma, se alborota la gente, é intenta oponerse á que salgan las imágenes; pero el cura, más diplomático que León y Castillo, calma al pueblo diciéndole que aquello no son santos, que son (¡tableaut!) unas señoras que tenían los frailes en el antiguo convento de donde procedía todo. Ellos debían valer esas señoras, pues por una de ellas daba un anticuario 6.000 reales hace tiempo.

Pobre San Ceón! después de haber sido adorado tanto tiempo en el altar, viene un cura, le planta una boina y una bufanda, y como si fuera un mozo de cordel, lo vende, con destino quizá á un museo donde tenga que estar acaso, acaso, entre Nerón y Diocleciano.

Proponemos que hagan ministro de Hacienda á ese cura.»

Esto leo en *La Democracia* de La Bañeza, y como está relatado el hecho con tanto salero, me limito á defender al cura de Nogales. Si creía que esos santos no servían para maldita de Dios la cosa ¡por qué no había de venderlos, aunque fuese de matute! Lo que no sirve, estorba.

A callar, y á morirse

Párrafos *pelagudos* y *sustanciosos* de una carta publicada por varios enfermos del Hospital provincial:

«Cuando el día 3 del corriente nos disponíamos á tomar el rancho del mediodía los enfermos de la sala número 16, nos encontramos con una ración al parecer de carne, que afectaba la forma de la cola de un animal, con dos largas filas de pelos, cuya longitud no bajaría de seis centímetros.

A todos los enfermos que vimos dicho fenómeno, como es natural, nos produjo tal efecto, que ya nos fué imposible tomar el rancho, aunque el hambre no nos había dejado en olvido, porque además de que vienen las comidas muy malas por todos conceptos, es muy escasa la ración que nos dan. Esto no será porque la Diputación no lo pague bien.»

¿A qué vienen esas quejas, apreciables enfermos? ¿No son Hermanas de la Caridad las encargadas de todo lo concerniente á la comida? Entonces ¿de qué se extrañan? ¿O es que no están ustedes acostumbrados aún?

Retiren esa carta, y á morirse silenciosamente, si faltos de alimentación, ahitos de pasto espiritual.

Y no hagan caso si alguno les recuerda irónicamente este impío pensamiento de Voltaire:

«Se dice algunas veces del hombre: —Ha muerto como un perro. —Pero el perro es muy dichoso al morir sin todo ese aparato con el cual se persigue el último momento de nuestra vida.»

No, no hagan caso de ese pensamiento. La dicha mayor del pobre consiste en finiquitar de hambre, pero con todos los sacramentos, para poder aspirar á la bienaventuranza.

Al menos así lo dicen los que, por vivir bien en este valle de lágrimas, les importa tres cominos comprometer lo que llaman salvación eterna.

Contraste edificante

«Las procesiones de Semana Santa, dice *El Demócrata* de Jerez, han resultado lucidísimas, contribuyendo á ello el buen tiempo. El aspecto que ha presentado la población ha sido maravilloso.

Tres ó cuatro mil personas, lujosamente ataviadas, han circulado sin cesar por las calles del tránsito de las cofradías, rindiendo así homenaje de admiración al Dios todo paz, humildad y mansedumbre.

El resto del vecindario, en insignificante número de algunas docenas de millares, en el rincón del hogar ocultando su miseria para no quitar lucimiento ni esplendor al culto externo que fortalece la fe y regenera á los pueblos.»

La religión de los ricos, (que en esto ha sido convertida la que Cristo pensó que fuese para los pobres), se distingue cada vez más por su lujo y magnificencia. Este año ha echado el resto en toda España.

Lo celebre, porque de este modo se irán poco á poco persuadiendo los miserables, de que la primera emancipación que necesitan es la de la conciencia; y de que, mientras esperen algo de arriba, continuarán trabajando para los que en nombre de Dios los dominan aquí abajo.

Y ahora, para que forme contraste con la anterior noticia, y se vea lo divorciados que andan el lujo de los templos y la caridad, saboreen esta otra:

«En un coche de punto que se alquiló de fiado, vagó durante varias horas una infortunada mujer moribunda, en nombre de la cual se llamó en vano en las puertas del Hospital General y en las del de San Juan de Dios, sin que esas puertas se abrieran ni per dictados del deber ni por impulsos de caridad. En el Hospital General se excusaron con que no tenían cama, y en el de San Juan de Dios con que allí no existe pabellón de medicina.

Entretanto, la enferma sentíase invadir por los síntomas de la agnía, y una hija suya imploraba limosna de los transeúntes para pagar el coche en que había de reconducirse á su domicilio á la desamparada doliente.

¿Qué tal el contraste? Soberbio, y muy en carácter en un país invadido, dominado y comido por las Ordenes religiosas.

En la Asamblea de federales celebrada el día 31 de Marzo en Barcelona, dijo el antiguo y valiente republicano don Juan Deu, de Olot, «que no podía doblarse una esquina sin tropezar con el sayal de un fraile» y agregó:

«No prosperan los pueblos en que son más las campanas que las chimeneas y aquí hay menos chimeneas que campanas, cuando lo que está haciendo falta es humo, pero mucho humo.»

¡Eso, eso!... ¡Muchas chimeneas y mucho humo!

Es todo un programa el de Deu, que eclipsa al de las Cámaras de Comercio.

La cuestión está en saber elegir los sitios de donde debe salir el humo, para que después puedan construir las chimeneas.

Ni más ni menos.

MISCELÁNEA DEMAGÓGICA

Un médico llamado Bascuñana, que hace revistas de higiene en *El Nacional*, ha dicho hablando de la salud en Madrid durante la Semana Santa:

«Por la índole especial de la semana transcurrida, debe mencionarse el ligero predominio de *lipotimias*, *síncope*s, *vértigos*, *vahidos*, *mareos* y demás *pequeños conflictos* de la salud en nuestras más cristianas anémicas, bien á causa de ayunos improcedentes, bien por voluntaria ó forzosa alimentación vegetariana, acaso por efecto de la falta de renovación del ambiente en los templos, ambiente tanto más enrarecido cuanto más solemnes son los cultos religiosos, por ser mayor el número de fieles y de luces á consumir oxígeno y producir ácido carbónico; quizá el místico fervor, elevando el pensamiento á las sublimidades de lo divino, ocasione alguna vez una especie de *delirio de las alturas* con invencible atracción del centro de gravedad, evidenciada por el desplome del cuerpo, que acaso busca el golpe sobre el pavimento para despertar y reintegrarse á la realidad de la vida.»

Veladas están las pullas que ese médico suelta á la beatería andante, ¡pero qué buenas son!

Por esto las he reproducido.

Falleció un niño en Malpartida de Plasencia, suplicaron sus padres al coadjutor que no cantase las pices acostumbradas al sacar el cadáver de la casa mortuoria; pero no impresionó á otro hijo de nueve años que se encontraba enfermo de gravedad.

El clérigo no hizo caso, y cantó y berreó de lo lindo; y á pesar de que una mujer le dió un fuerte trón de la estola para que callase, apretó más en el canto; y entonces la mujer, compadecida de los padres y del niño enfermo, cogió el cadáver y lo condujo á la puerta de la iglesia, dejando al *cantaor* con un pluma de narices y soltando sapos y culebras por aquella boca.

Permitáseme decir que el único que estuvo en su terreno, fué el cura. Si por cantar fuerte ante el cadáver del niño, se hubiera sobrecogido y muer-

to el hermanito, ¿no hubiese él cobrado en vez de un entierro, dos?

¿Y á qué está uno si no á ganarse honradamente un pedazo de pan?

La compañía Cerillera ha acordado suprimir el precinto de las cajas.

Y así, cuando falten cerillas, se echará la culpa á los expendedores, y vamos... viviendo.

«¡Compare, lo que se maquina!» como decía el gitano del cuento.

Un Padre Mazuelos ha dicho desde el púlpito en Málaga, que «el no oír misa los domingos y demás fiestas, era tan pecado mortal como el que *asesina á otro*».

¡Cielos! ¡Y los asesinatos que, por esa comparación, he cometido en mi vida!

Porque, en buena hora lo diga; entre las que me obligaron á oír en la escuela y en el ejército, quizás no lleguen á treinta misas las que he presenciado.

Y apenas han pasado fiestas desde entonces, en cada una de las cuales he delinquido para el cielo, como si hubiera escabechado á un prójimo!

Nada, por cualquier parte donde se mire, no hay salvación para mi pobrecita alma.

Es una desdicha esto de no poder dirigir los ojos á parte alguna, sin ver ante mí esta palabra terrible: *¡Infierno!* Y por toda una eternidad; como quien dice, un ratito largo.

Pero ¿qué hacerle? Paciencia. Por algo se ha dicho: «quien tal hizo, que tal pague.»

May en breve se publicará el presupuesto de gastos para la reparación de los magníficos órganos de la catedral de Málaga, habiéndose nombrado ya la Comisión que ha de encargarse de abrir la suscripción pública.

Me alegro, para que los obreros sin trabajo que pasan por los alrededores de la catedral, puedan morir satisfechos al son de la música que toquen en el templo donde se adora al Dios de los pobres.

Así lograrán formarse en la agonía una imperfecta idea de su bondad y de su justicia.

Al pasar el viernes Santo por delante de la Sociedad de Teléfonos en la ciudad de la Pílarica el paso conocido por el *Cristo de la borriquita* en la procesión del Santo Entierro, enganchóse la imagen en uno de los hilos del alumbrado eléctrico, y si no se acude á tiempo y cae sobre la multitud, tenemos la segunda edición de los mártires de Zaragoza, pues dadas las proporciones y el peso de la santa imagen y de la borriqua, habrían perecido muchos creyentes.

¿Qué lástima el haberse desperdiciado la ocasión de mandar al cielo una buena remesa de imbéciles!

El espada Antonio Fuentes entregó á la Hermandad de San Gil, para que lo llevase puesto la virgen de la Esperanza en la madrugada del Viernes Santo en Sevilla, un hermoso brillante que ha traído de Méjico, cuyo valor es de 19.500 pesetas.

Pero, entendámonos. ¿Se lo regaló, ó se lo prestó para que lo luciese? Porque el primer caso revelaría estupidéz, y el segundo vanidad.

Y en ambos merecería ese devoto con coleta quedarse sin la alhaja, amén de una cogidilla que le asustara, para que en adelante confiese en el arte del toreo, más que en los regalos á la Virgen.

El Señor me oiga y me premie la buena intención.

Entre el párroco de San Juan, de Sevilla, y varios individuos de una de las hermandades, se cruzaron el domingo de Ramos palabras gordas y algún sopapo que otro.

Propongo que se ponga alcohol con árnica en las pilas destinadas hasta hoy al agua bendita. ¡Porque cuidado si hace falta en las iglesias!

De *El Ampurdanés* de Figueras:

«Un cura barbián de los que vinieron á esta ciudad uno de los días de la pasada Semana Santa, llegó acompañado de una buena moza muy conocida en una casa *non sancta* de ésta, la dejó que se fuera á su antiguo nido, y la recogió de nuevo al marcharse, tomándole él mismo el billete en la estación del ferrocarril.

¡Y vivan las buenas mozas y los curas barbianes!»

El colega no quiere, como yo tampoco quiero, la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva.

¡Pues vivan esos!

El párroco de Mannel (Valencia) se desató en insultos contra los republicanos.

Rebuznos de tecayos de ese cura, no llegan al cielo.

Consejos desinteresados

Un honrado vecino de Aldaya andaba hace pocos días buscando á su párroco para matarle.

Y gracias á que varias personas lograron disuadirle, no está hoy el buen cura en el cielo al lado de los elegidos.

¡Causa de esto! Sencilísima y lógica.

La esposa del vecino agonizaba, y llamado de noche el cura para prestarle los auxilios espirituales, prefirió dormir, presentándose en la casa ya bien entrada la mañana, y cuando la enferma había presentado la dimisión de la existencia.

Si el marido mata al cura, ¿quién se hubiera atrevido á condenarle?

El, como buen católico, cree que va al cielo el alma de todo aquel á quien en la tierra untan al morir con aceite bendecido.

Su mujer, por no haber querido acudir el cura á tiempo, se murió sin ese sacra-

mento, y se le privó, por lo tanto, de ir al cielo.

Delito es cercenar á un ser humano unos cuantos años de vida; pero ¿privar á un alma de la bienaventuranza eterna? Y creyendo esto, y pensando así, ¡qué importancia podía tener para un buen creyente la muerte de un cura?

Difícil es que un impío pueda llevar consuelo alguno á un alma que cree en la otra vida; mas no por esto he de dejar de decirle á ese honrado vecino que ha estado á punto de ir á presidio por creer lo que la Santa Iglesia cree y enseña:

«Tranquilecese usted, ya que no está averiguado eso de la otra vida. La conducta de su párroco es la mejor garantía de que la cosa no está muy clara. ¿Cómo hubiera él continuado tocando tranquilamente, si hubiese creído en que se condenaba el alma del que no recibe los Sacramentos? Y de haberlo hecho ¿quién duda que á estas fechas lo hubiesen ya los remordimientos matado?»

Si después de estas razones persiste en eliminar al cura, allá usted. Yo seguiré pensando que es usted un cernicalo, y me alegraré que muera en presidio, (con todos los sacramentos, eso sí, ya que es usted tan aficionado á ellos).

La lucha por el nido

Es la eterna contienda, la perpetua batalla del egoísmo, la oposición perdurable de lo tuyo y lo mío.

Yo he visto en Barcelona, bajo el alero del tejado del palacio de Bellas Artes, luchar desesperadamente, combatir como fieras á gorriones y golondrinas disputándose la posesión de un nido, no sé si por gorriones ó golondrinas hecho.

Y he visto á las últimas lapidas dentro de aquel nido que representaba lo tuyo y lo mío, respecto de aquellas aves, al huésped de aquel rincón caliente.

Yo tengo palomas, porque me agrada contemplar la obra de la reproducción de la vida, y he presenciado entre reflexivo, humanitario é iracundo, la lucha tenaz por el nido, ese nido que manda formar el amor, ese nido que el egoísmo de la reproducción del ser individual en la especie á la naturaleza impone.

Los machos, los fuertes, los egoístas, los mandarines, los reyes de aquella colectividad de hermanos—mis palomas son todas hijas de un Adán legítimo y de una Eva auténtica y fecunda—no dejaban esparto alguno en el nido por sus hermanas formadas; yo las he visto con las patas, órgano de lo tuyo y lo mío, destruir hogares y arrojar contra el suelo, estrellándolos, los huevos, producto de cariñosa cópula de amantes palomas, aves sin hiel, según los poetas.

Y, sin embargo, en mi palomar, como bajo el alero del tejado del palacio de Bellas Artes de Barcelona, había sitio suficiente para que cada cual, á medida de su deseo, construyera su nido; y, sin embargo, la naturaleza es pródiga, por cada grano de semilla da mil, superior al Dios de las religiones que da ciento por uno, pero que tiene usureros llamados sacerdotes, que se descuentan la comisión; y sembramos una idea y nace una Enciclopedia, y de un espermatozoide que oportunamente fecunde en la mujer el óvulo que con extremecimientos de placer en el ovario se agita, nace un Kant, un Spencer ó un Víctor Hugo; y, sin embargo, como en el alero del tejado del palacio de Bellas Artes de Barcelona, y en mi palomar, en el mundo hay espacio para anidar, vivir y reproducirse todos, á no ser ese tirano egoísta que se llama *yo*, en lucha infame con el otro, el hermano, disputándose lo tuyo y lo mío, que es de todos, como el aire, como la luz, como la tierra que nos sustenta y á la cual devolvemos—dejando una vez de ser egoístas—todo lo que somos, y que de ella tomamos, no á título de propietarios, sino como usufructuarios temporales.

Hay nidos para todos si el amor los caldea; si el frío del egoísmo los hiele... no hay más que madrigueras de alimañas inmundas.

CRISTÓBAL LITRÁN

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores

á *El Motín*.

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MONTE, por «El Motín». Con láminas.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirostomavez.

JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONTE SECRETO, ó Instrucciones rescurtidas de los jesuitas.

LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz», de I. I. I.

CARTAS DE TAYLLEHAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TAYLLEHAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».

LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNÓGRAFICAS de los Jesuitas, ídem, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Diríjase á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Viladón en 1891.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CRISTO, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Patvin («Dom Jacobus»).

LA ENCLAVIDAD Y LA IGLESIA, por ídem.

LOS MEJORES SONETOS MADONAS, por «El Motín».

GUAR Y AMAR, por ídem.

GRACIAS DE CURAN, por ídem.

ADVERTENCIA

Si dejase de ir *El Motín* á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO